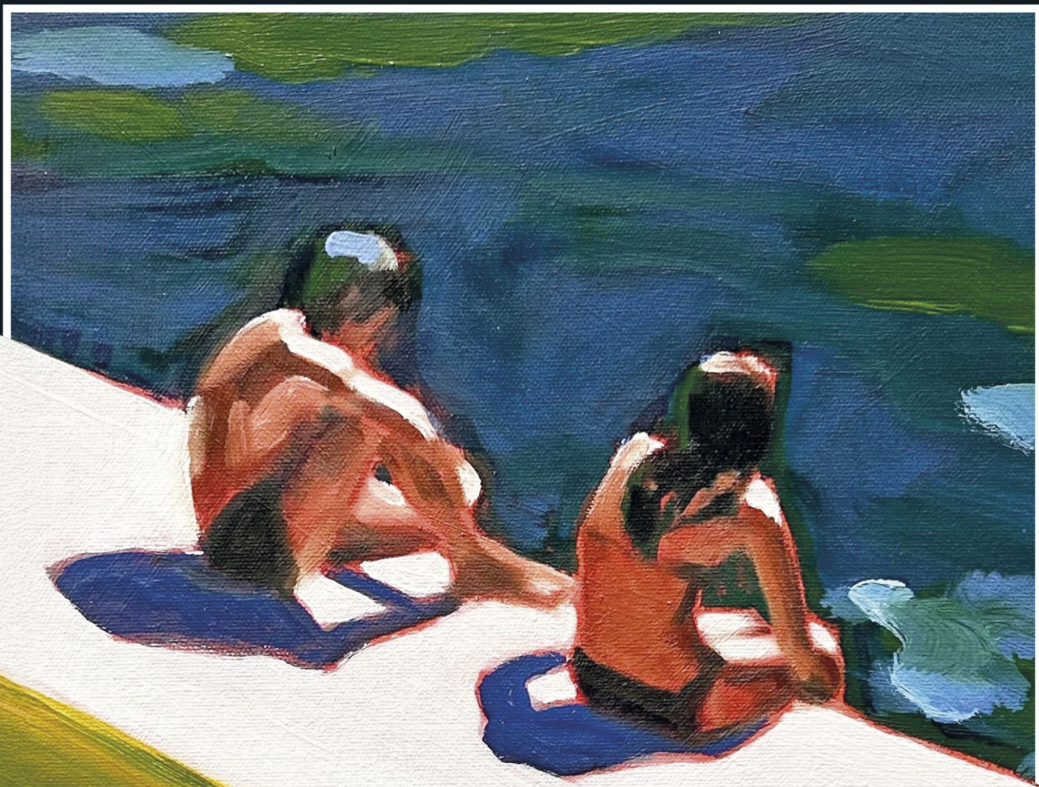


Cristina Araújo Gámir
DISTANCIA DE FUGA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

CRISTINA ARAÚJO GÁMIR
DISTANCIA DE FUGA

FRANCES

París, octubre de 2015

Para toda persona bien asentada en la fama, es motivo de satisfacción hallar ocasiones que le permitan probar su humildad instintiva y su aversión por los protocolos a la hora de confraternizar con el pueblo llano. De modo que, cuando ya se ha aburrido de leer sobre el colapso de las criptomonedas, Adrien Beaumont deja el móvil descansando en la mesa, escanea el comedor del hotel y, con una sonrisa que certifica sus exquisitos modales, le pregunta al primer camarero con el que cruza la vista si podría alcanzarle uno de los ceniceros que se apilan en una torre sobre el mostrador.

Se gira entre tanto hacia el chaquetón de Burberry que cuelga de su respaldo y saca una pitillera plateada del bolsillo interior. No hace mucho que les han servido los cafés —un *espresso* doble para él, un *cappuccino* con leche desnatada para su acompañante—, y mientras los observa enfriarse, percibe que su fastidio ya coge forma. El vago anhelo de bosquejar una discusión. Más todavía cuando, sincronizados con el cenicero, aterrizan sobre la mesa los huevos revueltos, el par de croissants, la pirámide de mantequilla, el cuenco de fruta en cubitos y el cesto rebosante de panecillos biológicos fermentados exclusivamente con masa madre y paciencia.

Y paciencia es justo lo que le falta ahora mismo a Adrien Beaumont. Porque sí, está tenso. Quiere ponerse a devorar ya, sobre todo teniendo en cuenta que no ha comido nada desde la fiesta de ayer —donde, por otro lado, solo sirvieron los habituales piscolabis minúsculos montados sobre cucharitas de por-

celana—. Sin embargo, no le parece apropiado empezar hasta que Frances regrese del cuarto de baño, donde, según ha dicho, solo iba a ausentarse «una milésima de segundo» —así es como habla ella— para lavarse las manos y «asesinar» un granito que se ha detectado tras el flequillo cuando bajaban en el ascensor.

Pues calma entonces. Se centra en estímulos agradables. El olor del café, la música ambiente de un piano murmurando en arpeggios. Las conversaciones limítrofes y siseantes, en ese registro cohibido que constituye el orgullo de los hoteles de lujo. Ese grupito de allí, piensa Adrien, seguro que ha venido por cuestiones laborales —resulta sencillo identificarlos: camisas planchadas, faldas de tubo, los prosaicos tejidos grises y beige—, madrugando como malas bestias, deduce también. Y un grato sentimiento de superioridad excita su mente. Enciende por fin el cigarro que lleva un rato manoseando y desvía la vista hacia la ventana. Una luz fría baña los pisos altos, la bruma se riza en susurros de encaje sobre las mansardas de zinc. Es compleja su relación con París. Cuando le preguntan en las entrevistas, hace un intento por mostrarse en deuda con la ciudad, elogia sus escuelas de Arte Dramático, el deslumbrante panorama teatral. Que si siente nostalgia, le dicen. ¿Nostalgia? Pues dejémoslo claro, no echa de menos la ansiedad de los castings, ni los rechazos, ni los batacazos, ni las lealtades ficticias, o los áticos cutres con el mobiliario pringoso del inquilino anterior. Por no hablar de esa banda de noctámbulos desgredados con los que coincidía por ahí, y que se presentaban a sí mismos como poetas o saxofonistas, cuando no eran más que camareros por horas. Eso es, a grandes rasgos, lo que su memoria le filtra. Fingir, fingir, fingir. Asombro. Respeto. Admiración por gente mediocre. Entusiasmo por cortos penosos sobre la precariedad laboral. Una inmunidad reposada frente a las envidias endémicas. Adrien no escatima en cinismo. Es más, lo fomenta. ¿Qué pensarán todos aquellos desgraciados ahora de él? Viéndole nominado esta noche como actor principal de una serie líder de audiencia.

Y es aquí, en mitad de este baño de gloria, cuando Frances entra en escena por fin. Ah, porque esa es otra. Tener a esta chi-

ca. Esta chica preciosa que se aproxima ya en diagonal sorteando el laberinto de mesas. Sus pasos son rápidos, abreviados, las rodillas huesudas azotando el dobladillo de su vestido de lana, la vista proyectada hacia el suelo. Aquel que la haya reconocido —cosa más que probable— se habrá dado cuenta de que en persona es todavía más rubia y más pálida que en televisión. Aunque tal vez contribuyan a este detalle factores adicionales como la falta de sueño y de vitamina B.

—Perdón —dice al tomar asiento. Repara en la comida intacta sobre la mesa—: Ah, me has esperado. —Luego se rasca la clavícula con obstinación, la sien, los nudillos—. No hacía falta, gracias.

—Quería esperarte.

Adrien esboza una sonrisa dulzona y ella le corresponde con otra sonrisa refleja que enseguida halla un tope. Cuando ve que él le alarga el cestillo del pan, coge una rebanada cualquiera y la posa en un extremo del plato.

—¿Quieres que pida queso o yogur?

—No, gracias.

—Hay fruta.

—Ya, no tengo hambre.

Desvía entonces los ojos hacia la ventana, hacia el mismo paisaje de pizarra que Adrien ha contemplado solo un par de minutos antes, y donde los conductos de ventilación brotan de los tejados como gusanos enormes y apocalípticos. El cielo asedia con una blancura de fantasía épica, inmenso, deslumbrante. Es casi una agresión ocular.

—¿Ni siquiera te vas a comer eso? —dice Adrien.

Frances le mira, luego a la rebanada de pan con semillas de calabaza. Acaba de hincharse a beber agua del lavabo, y solo el hecho de masticar algo sólido se le antoja pesadísimo. Aun así, responde: sí, claro, mientras rompe una esquina de la corteza y se la mete en la boca para que Adrien se calle. Él se arrima entonces el cenicero dibujando un arco sobre el mantel, aplasta la colilla.

—¿Has dormido bien? —prosigue.

Frances termina de masticar.

—Sí —dice—. Algo. —Y ante el silencio de Adrien, que le parece seco, reprobatorio, aunque probablemente no sea más que una impresión sesgada, añade—: Es que estoy supernerviosa.

—Pues tampoco tienes motivos para estar tan nerviosa.

—Ya, bueno, no te lo voy a explicar más veces.

Tiene otro pedacito de pan entre los dedos, descuaja una semilla de calabaza y la hace trizas con los incisivos. De no haberse tomado las dos pastillas blancas esa mañana —no estas dos últimas que se ha embuchado en el baño a hurtadillas, sino las dos primeras, en la habitación nada más despertarse—, entonces su reacción habría sido con toda seguridad más tirante. Un aspaviento. Una palabrota. Cualquier explosión gutural y pasivo-agresiva.

—Lo que te pasa —Adrien empieza a serrar un croissant— es que no vives en el presente. —Alza los ojos para más efectismo—. Y eres demasiado negativa.

Ella asiente sin mirarle. Dice: ya. Porque es que, Dios santo, ¿hay algo más irritante que salir con un tío trece años mayor, cuyo acervo de sufrimientos resulta tan insustancial? No tiene ninguna lógica. En toda su vida, Adrien apenas ha acumulado tragedias ni pérdidas personales como para sustentar obsesiones, y en cambio, se permite el lujo de andar por ahí evangelizando sobre las virtudes del autocontrol. No le apetece escucharle, así que tan pronto como lanza un suspiro cansado, Frances se inclina hacia el bolso que antes ha dejado en el suelo y hurga por dentro hasta dar con el móvil. Ignora las llamadas perdidas, la tromba de wasaps de ayer. Mueve el pulgar con tal parsimonia que nadie diría, observándola desde fuera, que tiene un objetivo concreto: Robin, que, fíjate, ha cambiado la foto de su perfil. Ya no sale con la camiseta del Bayern de Múnich, sino bebiendo de una jarra descomunal de cerveza con el emblemático fondo azul pálido de la Oktoberfest. En fin. Así es él. Frances pulsa en la imagen para ampliarla y permitirse estudiarla con atención. El último mensaje es de hace seis meses. En concreto, del día del veintidós cumpleaños de Frances, y dice nada más: «Felicidades, pequeña, espero que estés genial». Un texto breve, aséptico, tan

impropio de Robin, pero que en ese momento basta para que un cosquilleo de lágrimas le dilate las aletas de la nariz. Cierra entonces la aplicación, endereza la espalda.

—¿Todo bien? —Adrien la mira con el tenedor a medio camino entre el plato y la boca.

—Sí.

—Come algo, por Dios —dice en un tono frío, como si la falta de apetito de Frances arruinase de alguna manera el placer de desayunar en un hotel de lujo.

A modo de respuesta, ella alarga la mano y coge un cigarro de la pitillera de Adrien.

—¿No estarías mirando fotos antiguas para torturarte?

Frances suelta una risa nasal. Enciende el cigarro. Dice:

—No. —Y a continuación—: En serio, estoy bien.

Aunque la calada de pronto le provoca un mareo. O tal vez son las segundas pastillas uniendo fuerzas con las primeras y con la falta de sueño y de vitamina B. Se acoda en la mesa, ancla los ojos en una miga de pan. Una textura de nieve le emborrona la vista, como un televisor desintonizado.

—¿Vas a quedar con alguien antes de la gala?

—No creo. —Ahora Frances deja el cigarro en el cenicero, se lleva la mano a la frente, tiene ganas de vomitar. Qué vergüenza como se desmaye. Prefiere morir. Pero el cambio de tema la alivia, y también el vaso de zumo helado y saturado de azúcar que se sirve de una jarra grandísima y que engulle casi sin coger aire.

—Creo que te relajarás en cuanto estés con la gente —prosigue Adrien—. Anoche no dejaban de preguntar por ti. Están todos deseando verte.

Y ella se rasca el cuello, el tráfico de las venas en las muñecas, luego el ribete del plato, el dobladillo carnoso de la servilleta. Esos periplos a los que somete periódicamente a sus uñas, pintadas hoy de un elegante burdeos, mientras dice: sí, sí. Y en piloto automático:

—Yo a ellos también.

Pero ¿es eso cierto? Pues en una palabra: no. No está de humor. Y eso que mal rollo no hay para nada. Porque, a pesar de

lo que ciertas actitudes de Frances puedan haber sugerido, no pertenece a esa liga de actrices endiosadas y bruscas que llegan a los rodajes tardísimo y tapándose la resaca tras unas mastodónicas gafas de Gucci. O mejor dicho, no ha mutado en ese tipo de actriz sin que un simultáneo declive mental y físico haya operado como pretexto plausible. En ocasiones, se pregunta cuánto van a tardar en odiarla. Anoche pasó de la fiesta, y apenas ha tenido contacto con ninguno de sus compañeros desde que los rodajes acabaron hace ya siete meses. Como mucho con Zadia Keskari, su representante, y con Mimi Winkler, que se explaya que da gusto poniéndola al día sobre quiénes se han enrollado, o divorciado, o convertido en alcohólicos, farloperos o pansexuales.

Nunca respondió, en cambio, a la avalancha de emails y waps, ni a las tarjetitas insertadas en ramos de flores que le llegaban sistemáticamente a la clínica —o como Zadia prefería llamarlo: al centro de reposo—. Tres meses de aguacates y yoga, coloreando mandalas a rotulador, paseando en prendas holgadas por campos orillados de cereales. Sin cámaras, sin emails, sin preguntas. Pero se acabó. Ya no hay escapatoria. El mundo entero está allí, sitiando el hotel. Periodistas, fanáticos, influencers descerrajando sus opiniones en las redes sociales. ¿Y le preocupa eso a Frances? Pues ella insiste en que no. La avalan dos premios consecutivos como actriz principal. Ha superado con creces un sinfín de complejos y fobias. Y sin embargo, sabe que esta noche será diferente. Se prevén ovaciones, discursos con lágrimas, montajes cursis a más no poder. Porque la ceremonia de hoy supone el adiós de *Dioses y héroes*, que tras seis años y siete temporadas extenuantes se despide con catorce nominaciones y un nuevo récord de audiencia, alcanzado hace solo un par de semanas, durante la transmisión de su episodio final.

Así que lo dicho. París en ebullición. Grabar entrevistas, posar para selfies, prostituir las tarjetas de crédito de cabo a rabo de la avenida Montaigne. Frances, mientras tanto, se metió en la cama con un Alka-Seltzer y se pasó varias horas encadenando en YouTube vídeos de treintañeras redecorando cabañas. Pese a las

súplicas de los periodistas que Zadia le copiaba en wasaps recriminatorios. Pese a los audios de sus compañeros. Borrachos, gangosos, asfixiados por un maremágnum de risas y pop latino. Mimi estaba con antibióticos por un orzuelo. Le dijo: Te acompañaré en la ley seca, yo tampoco puedo beber. Como si ese fuese el motivo de Frances, que ya se había ventilado el minibar al completo a las once de la mañana.

Se lo había ventilado esperando que Robin escribiera tal vez.

Un camarero se acerca a servir más café, reemplaza el cenicero manchado por otro impecable. Cuando da media vuelta y se aleja hasta una distancia apropiada, Frances se aclara la voz:

—Siento haber estado tan rara ayer.

—Ya —Adrien sacude un sobrecito de azúcar—, no pasa nada.

Carraspea. Resopla. Alza entonces los ojos para mirarla. Y el impacto es brutal. La sonrisa débil de ella le entenece de pronto con una violencia abrumadora. Es espectacularmente guapa, no de esas actrices guapas auxiliadas por el maquillaje o por algún truco de iluminación. La belleza de Frances es un valor fijo, una satisfacción matemática de la que siempre se ha sentido orgulloso. Y aunque suele integrarlo como otro más de sus privilegios, en momentos muy puntuales se le revela de un modo crudo, estelar, tal cual está ocurriendo ahora mismo, frente a su rostro redondeado, la robustez infantil de su boca, el labio superior un poco más pronunciado, y ese mirar de sus ojos descabalgado, alineado con la decepción. Una coherencia estética tan potente, que Adrien se ve empujado a soltar el sobrecito de azúcar, apartar la taza, una corteza de pan, la mermelada, la sal, todo cuanto se interpone entre la certeza de sí y la inconsistencia de ella, y rastrear anhelante un estímulo táctil, lo que sea, deprisa, cualquier porción de su cuerpo le vale. La mano, esa mano tan pálida, que arropa entre las suyas como un mamífero palpitante mientras empieza a decir:

—Escucha, si te ayuda, podemos escaparnos unos días cuando acabe este follón.

Frances sonríe, le mira a los ojos.

—Tienes ese casting en Los Ángeles la semana que viene. Y no creo que a Zadia le haga ninguna gracia que me «escape» justo ahora, nada más salir de la clínica —suspira—. Además, estoy bien, de verdad, es solo que yo...

Cierra entonces la boca. Total, para lo que hay que decir.

—Es solo que tú qué. —Adrien le suelta la mano. Recupera el sobrecito de azúcar, que rasga y vuelca en la taza.

—Solo que nada. Que me canso. Llevo un montón de tiempo esforzándome y sigo igual. —Desvía los ojos. Unas personas con ropa beige de oficina se ponen de pie, trasladan las servilletas de sus regazos a los asientos, ojalá ser uno de ellos, respira profundo—: Y a veces pienso que no voy a estar bien nunca más.

Y aquí un apunte: frente a temas concretos, hace ya tiempo que Frances no prevé por parte de Adrien una implicación desbordante. Aunque si por lo menos dejase de pedir café y removerlo. De alternar sus pupilas entre ella y la taza con esa fatigada cadencia. Parece una escena de Stanley Kubrick, la cucharilla rascando la loza como un *leitmotiv* perturbador.

—Ya —prosigue él entonces—. Y entiendo que no tengas ganas de estar aquí. —La mira, coge aire, muestra la delicadeza de no convertirlo en un resoplido—. Pero tienes que superarlo, a todo el mundo le pasan cosas.

—¿Por qué siempre tienes que hacer eso?

—El qué. Solo intento ayudarte.

—Pues lo haces fatal. —Frances se acoda en la mesa y oculta la cara entre las manos. Percibe un temblor en el párpado, como el aleteo mínimo de una polilla. A través de la caverna que forman sus palmas, protesta—: Y además ya lo estoy superando.

—No me digas.

Aprovecha que él no puede verle la cara para esconder un mohín. El rollo sabihondo de Adrien. La saca de quicio. Igual que todos esos exasperantes ruiditos que hace al masticar. Con los ojos cerrados resultan todavía más insufribles. Salivales, succionantes, dentales, pastosos, hasta que por fin, rebaña el interior de la encía, deglute, chasquea la lengua y dice: Fraaances. Ella abre los ojos. Aparta los dedos hacia las sienes como si corriese

un telón. Contempla los restos de huevo, la fruta intacta, el trocito de mantequilla que suda en el plato y que el cuchillo de Adrien ha esculpido en un poliedro irregular.

—Escucha —continúa él—, yo quiero ayudarte, te lo prometo. Pero es que ya no sé por dónde tirar.

¿Y hay algo más irritante que un tío de treinta y pico que no sabe por dónde tirar? Frances se echa hacia atrás. Somatiza los nervios en un culebreo de azufre que le repta por el canal digestivo. Panza arriba, en el marco de la ventana, una mosca muerta arroja destellos metálicos. Un ala partida. Las patas cruzadas sobre el abdomen. Tan poético, tan análogo a las manos de los difuntos entrelazadas a la altura del esternón. El mar de baldosas gris plomo fragmentando la luz de los leds. Amoniaco en la pituitaria. Las sábanas planas y espesas colmando alguna aspiración sensorial. Y un camarero que pasa de golpe con un andar desbocado. El ala del insecto bascula. Un escalofrío de asco restaura el vínculo con la realidad. Estira entonces la mano para alcanzar el teléfono y abre el WhatsApp. Esta vez llega tan lejos como para pulsar la pantalla y activar el teclado. Ensambla el mensaje en su mente. Hola, dirá, y puede que también: ¿qué haces?, o incluso si reúne valor: llámame cuando veas esto. Pero los dedos de Adrien le rozan la manga.

—Al final no has desayunado nada.

—Ya. —Desliza la vista sobre su plato. Pan marrón claro y marrón oscuro, semillas, una gota aguada de zumo. Retira la mano—. ¿Te importa si subo a la habitación?

Adrien no reacciona. Permanece unos segundos en la misma postura con el brazo extendido inútilmente sobre la mesa. A continuación, se endereza y saca un cigarrillo de la pitillera en un gesto desenvuelto, como si toda la escena formase parte de un plan preconcebido que no afectase en absoluto a su autoestima.

—Bueno —dice entonces—, voy a buscarte en un par de horas.

Frances se pone de pie. Sus ojos se topan con la mosca muerta. Casi está a punto de mencionarla: mira esa mosca. Pero es más una reflexión que un impulso. Aunque a Robin se la hubie-

ra enseñado. La típica tontería que les habría dado conversación sobre Theo.

Y qué gusto dan las habitaciones vacías, las camas hechas, las colchas tirantes. Sobre el cabecero, los cojines lavanda y gris paloma reposan en una armonía cromática y capicúa. Y para colmo, un olor jabonoso a aldehídos impregna el aire. Deben de acabar de limpiar. Frances se tiende de espaldas sobre el colchón. En otro año y en otra gala —atravesada probablemente por otro estado de ánimo—, habría calculado rigurosamente el tiempo con el que contaba para ducharse, exfoliarse, maltratarse los poros, retocarse las uñas, embadurnarse de cremas, y todavía dejarle hueco a las sesiones reglamentarias de peluquería y maquillaje. Sin embargo, nada de eso figura ahora mismo en sus prioridades. Cierra los ojos, sus pulmones emiten viento. Una migraña se perfila en la sien. Quizás si trata de meditar, si se centra en almacenar oxígeno donde el abdomen y todas esas monsergas zen. ¿O piensan las pastillas hacer su trabajo? Se yergue de golpe, alcanza el cuarto de baño deslizándose la mano por la pared. Se dice: lávate la cara, estás nerviosa, respira. Su cuerpo, en cambio, no ejecuta las respuestas motoras que se le exigen.

Junto al lavabo, un rebaño de frascos. La pinza de pelo, el quitaesmalte, el cacao. El rectángulo de jabón verde oliva babeando su charco alcalino. La afeitadora de Adrien, sus gafas, su perfume de color brandy. Contemplar las cosas de él aisladas de su persona siempre le resulta penoso y conmovedor. Pero es una sensación que brota más bien de una irradiación victimista. —Frances no capta aún el escarnio que encierran ciertos matices—. Sí capta, en contraste, el ritmo de sus latidos, el flequillo sudado. Se frota los ojos. Sabe que hoy va a ganar. Por morbo. Por compasión. Porque los premios se conceden así: a países en guerra, a minorías selectas, a chicas con madres que mueren en el rango de tiempo propicio. Y porque el auditorio estará a reventar de personas que anhelan contemplarla de cerca, comentar cómo

se le rompe la voz y le tiembla el papel, y así aplaudir desquiciados, con los ojos aguados, toquetear después su tragedia a placer: mírala, te lo dije, ¿no se la ve delgada/consumida/drogada? En las revistas, en las redes sociales, sus seguidores, sus detractores. Todos esos programas sobre sus crisis, sobre el final de la serie, sobre el final de su madre. Y mucho colocar por colores los malditos cojines, pero ¿por qué no han repuesto las bebidas del minibar?

Frances se sienta en el borde de la bañera, se aprieta los párpados hasta que un espejismo de protozoos luminosos estalla en un cosmos de oscuridad. El pecho se hincha y deshinch, engulle a tramos el aire, y el aliento le explota de pronto con un hipo abrupto y embotellado. Empieza a llorar. Un llanto brusco, aparatoso, fraccionado por la falta de oxígeno. A ratos suspira un: ay, dios, pero no sabe a qué entidad interna o externa se está dirigiendo. Y una espuma de fuego se le propaga por dentro del cráneo, recorre el canal vertebral, un ardor tan intenso que despierta una alarma, un pánico desmedido frente a estar al borde de un ictus, un aneurisma, el preludio de un coma. Pero no, Frances, vamos a ver. No desvaríes. Se levanta, se rasca los brazos, con saña, con la mandíbula rígida, con las uñas burdeos que arrastran raciones de piel. Sus ojos rebañan cajones, estuches. Sale y revuelve un armario. ¿Se puede saber dónde están las tijeras? Tampoco encuentra las pinzas. Ni las horquillas forradas de felpa. Seguro que ha sido Adrien. Lo habrá escondido todo en la caja fuerte, con el iPad y los pasaportes. Menuda sorpresa. Te crees muy listo, ¿eh, Adrien? No se te ha pasado un detalle. Ni el peine de plástico, ni los cargadores con su tentador extremo metálico, ni tan siquiera el lapicerito del escritorio, cortesía del hotel... Pero, chico, qué falta de imaginación. Y Frances tantea la arista de un cuadro, el borde dentado de un tubo de vaselina.

De regreso al baño, se toma un instante. Adopta patrones exploratorios. Sondea repisas, salientes, y entonces, lo ve. El vaso. Buen plan. El vaso donde la noche anterior colocó la pasta de dientes y sus brochas de maquillaje. Pues venga, adiós. Fuera todo. Y amortiguado por la toalla de ducha, un golpe. Otro más. Y un tercero contra el bidé. El sudor en las manos. La percusión

en los tímpanos. Hay cristales en la toalla, un polvillo crujiente como edulcorante. Se agacha, analiza. El pedazo que escoge es todo un tributo al arte moderno. Un colmillo sobrenatural. Un fragmento de hielo esculpido para una fiesta de empresa. O la ostentosa abstracción que un artista endiosado colocaría sobre un pie de mármol. Pero ninguna de esas imágenes cruza la mente de Frances, porque ahora mismo se está palpando el vestido, la cara oculta del muslo, el código táctil, el desnivel en la carne. El bajorrelieve que tacha de un solo trazo, profundo y oblicuo, con el cristal.

Y listo. Tan fácil. Ya todo se automatiza. El cuerpo en letargo, los músculos disueltos en pulpa. Y mientras, alrededor, la realidad toma tierra, revive en destellos hiperrealistas. Los bordes de la herida palpitan. Hince los dedos. La sangre le mancha el vestido y las uñas por dentro. Pero lo mejor, lo más alucinante de todo, es saber que con eso basta, que dará el pego. Cenando, bailando, riéndose a carcajadas después. Cuántas veces lo ha comprobado, y cuán siniestro resulta. Esa metamorfosis cíclica de sus emociones que la deja exhausta.

Pega la espalda al frescor de los azulejos. No escucha la llave —que no es una llave, sino una de esas tarjetas magnéticas—, ni tampoco los pasos fundiéndose en la moqueta. Solo de pronto la voz. Adrien, que dice: ¿Frances?, y los dos golpecitos predecibles contra la puerta: ¿Estás ahí?

Y ella que abre los ojos despavorida, que se estira el vestido, cubre la herida, y restregando la sangre, piensa: qué hago, y que contiene el aliento, traga saliva, y con voz clara, serena, casi podría decirse que cantarina, responde:

—Ya voy.